



WENDY DIBUJA EL MAPA DE UN BOSQUE PARA SALVARLO

SELECCIÓN

Joseph Zárate

Cuando dibuja el mapa de un bosque, la ingeniera geográfica Wendy Pineda se pega un trozo de cinta adhesiva sobre el dorso de cada mano y escribe "izquierda" en uno y "derecha" en el otro. Pineda tuvo problemas para diferenciar ambos lados de su cuerpo desde que era niña y por eso no recuerda cuántos mapas ha arruinado por dibujar mal el flujo de un río. Pero, a pesar de esto, dibujar es lo único que le ayuda a controlar su mente dispersa.

Hacer mapas y tener problemas de lateralidad es terrible porque supone una lucha física pero también un conflicto interior. Desde que empezó su carrera como activista, el límite que separa su vida personal de su trabajo por la defensa de la Amazonía le ha sido tan difícil de trazar como distinguir su izquierda de su derecha.

Es agosto, uno de los meses más calurosos en Madre de Dios en la selva oriental del Perú, y la ingeniera Wendy Pineda intenta protegerse del sol del mediodía cubriendo su cabeza con una hoja ancha como un paraguas. Hay casi 40 °C de temperatura y, a pesar de que nos encontramos en una de las regiones con mayor biodiversidad del planeta, no hay un solo árbol alrededor que pueda darnos sombra. La minería ilegal de oro ha depredado esta zona del bosque amazónico hasta convertirla en un paisaje lunar: lo que antes eran hectáreas con altos aguajales y quebradas, ahora son pampas áridas donde todo lo verde parece haber sido rasurado. Como especialista forestal de la Asociación Interétnica de De-



Caqueta, Colombia. Fotografía de Livestart Stiven, 2019. Unsplash ©

sarrollo de la Selva Peruana (AIDSESP),¹ Pineda está acostumbrada a ver escenarios así, incluso peores, pero no por eso ha dejado de indignarse. Ella es una limeña robusta, de piel oscura, ojos atentos y pelo negrísimo. Su voz es amable pero lo suficientemente enérgica como para haber logrado el respeto de los líderes indígenas de las comunidades que ha conocido a lo largo de su carrera como activista. Aquí, por ejemplo, en los dominios de los harakbut, una etnia de cazadores con más de 5 mil años de historia, Pineda es tratada con el respeto que merecen los jefes.

Para llegar al territorio de los harakbut hay que viajar seis horas desde la ciudad de Puerto Maldonado: primero en auto, después en bote y luego en moto. El punto de entrada es Puerto Luz, una comunidad compuesta por quinientas personas, dueñas de más de 50 mil hectá-

reas de selva penetrada por ríos. En Puerto Luz, la comunidad indígena más grande de Madre de Dios, seis de cada diez harakbut trabajan en la minería ilegal de oro. Es decir: para conseguir unos gramos del metal precioso talan su propio bosque, cavan pozos cerca de las playas de los ríos y vierten en ellos mercurio, uno de los diez productos químicos más tóxicos del mundo y el insumo indispensable de los mineros ilegales para separar el oro de las rocas. Este metal provoca erupciones en la piel, daños neurológicos y otros males de difícil tratamiento en un lugar como este. Su impacto en las plantas y animales también se traduce en cifras fatales. Por eso las madres harakbut cuentan que ya no hay delfines rosados ni peces grandes en los ríos.

Los harakbut —que significa *gente* en español— quieren proteger su bosque, pero a la vez lo están arruinando. El oro, dicen, paga bien y rápido.

Wendy Pineda lleva una década asesorando a comunidades indígenas para que puedan identificar, a través de sus propios mapas, las

¹ La Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (AIDSESP) es una organización que agrupa a los pueblos indígenas de la Amazonía peruana y pertenece a la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA) [N. de los E.].

zonas deforestadas y contaminadas que amenazan su territorio y su cultura; y diseñó un proyecto piloto para capacitar a los harakbut en el manejo de un dron. Pineda eligió a esta etnia por la fortaleza de su organización, pero también por los problemas que enfrenta: además de la minería ilegal, la petrolera Hunt Oil ha iniciado exploraciones para extraer una reserva de gas que, según los expertos, sería más grande que Camisea, la principal fuente de gas natural de Perú. Gran parte del territorio ancestral de los harakbut ha sido concesionado a esta empresa estadounidense —que ya empezó a hacer trabajos de reconocimiento a pesar de encontrarse en una zona declarada reserva comunal por el Estado— y las familias que lo habitan temen perder el último pedazo de bosque que les queda.

Mientras un indígena maniobra el control remoto, el dron — bautizado por los harakbut como *abeja asesina* por el zumbido de sus hélices— empieza a volar sobre uno de los campamentos de minería ilegal, junto a una laguna muerta de color naranja. Wendy Pineda me explica que con las fotos y los videos que registre se podrá armar un mosaico de imágenes que servirá para diseñar un detallado mapa del territorio afectado y para saber exactamente a cuántos kilómetros se encuentran las minas de los lugares sagrados y las *chacras* (término quechua que significa “campo agrícola”). Según la ingeniera, es la primera vez en América Latina que una etnia maneja su propio dron para vigilar su bosque.

Mientras estudiaba ingeniería geográfica, Pineda no sabía casi nada de los pueblos que viven en las reservas naturales de la selva peruana. Estaba más interesada en la protección de



Presencia de cianobacterias en la Reserva Comunal Amaraakaeri, Madre de Dios, Perú.

los bosques y los animales. Al terminar la carrera, hizo prácticas en el Servicio Aerofotográfico Nacional: durante un año aprendió a diseñar mapas de distintas zonas de la sierra y la selva usando fotografías aéreas en alta resolución capturadas por aviones militares. Esos mapas eran solicitados por distintas oficinas del Estado, como el Ministerio de Agricultura y el Servicio de Inteligencia, pero también por empresas mineras, madereras y petroleras que tenían el permiso del gobierno para explotar recursos naturales. Pineda supo que la documentación no llegaba a los pueblos afectados por las concesiones.

¿Te imaginas lo que podrían hacer las comunidades con esa información? —me dijo Wendy al recordar esa época—. Podrían trabajar planes de desarrollo, vigilar mejor su territorio. Yo me preguntaba por qué esos mapas no se compartían. Pero mis jefes me decían: “no, ellos podrán comprar esa data dentro de diez años”. Ahí entendí cómo funcionaba todo: la información es para quien más paga.



Fotografía de ©Alejandro Saldívar. Cortesía del artista

Basta revisar cualquier libro de Historia para saber que el trazo de una línea a través de un mapa puede determinar las vidas, el abandono y la muerte de millones de personas. Un mapa es un instrumento de poder. Y los ingenieros geográficos, por lo general, son educados para proporcionar esos instrumentos al poder económico y político. Nadie los conoce, nadie los ve, pero ellos son los que producen toda la información territorial de un país.

El Perú es una región amazónica: casi el 70 por ciento de su territorio está cubierto de selva. Si alguien mirara el mapa de concesiones petroleras, notaría que desde hace casi medio siglo toda la Amazonía peruana está dividida en decenas de rectángulos —llamados *lotes*— que son cedidos a empresas petroleras, forestales y mineras. Si un distraído se guiara solo por ese mapa, podría pensar que allí, en la selva, únicamente hay árboles y ríos y animales. Es decir: un espacio sin gente, sin pueblos, sin culturas. Brian Harley, estudioso de la cartografía, decía que esos “espacios vacíos” en los mapas son, en realidad, silencios: información

que el mapa deliberadamente oculta. Un mapa no es un dibujo inocente: concentra un mensaje político.

En este país, donde el 70 por ciento de la selva está repartida entre compañías de gas y de petróleo, más de seiscientas comunidades indígenas—la mitad de las contabilizadas— siguen sin ser las dueñas legales de sus tierras. Mientras que en algunos mapas de concesiones petroleras las empresas son polígonos —es decir, cuadrados extensos de territorio— las comunidades nativas están representadas por puntos.

¡Pero las comunidades también son polígonos! —dice Pineda—. El Estado las representa con puntos para que todo lo que está más allá se considere libre para explotarse.

Para ella, la lógica histórica de muchos gobiernos es aterradora y simple: “Lo que no está en el mapa no existe”.

Cerca del mediodía, mientras el dron vuela a casi cien metros de altura sobre el campamento minero, una camioneta destartalada llega a la orilla de la laguna tóxica desde donde la ingeniera Pineda dirige los movimientos de su equipo y los líderes harakbut. Un señor de panza prominente baja del auto gritando: “Lárguense, no deben volar esa cosa por aquí, esto es propiedad privada”. Los líderes harakbut y los guardianes de la reserva discuten con él. Le dicen que él es el intruso.

Wendy Pineda mira de lejos la escena bajo sus gafas oscuras y no comenta nada. Pero no porque sea indiferente. En sus casi diez años de activismo, ha aprendido una lección: cuando hay enfrentamientos es mejor pasar desa-

Wendy Pineda entiende que defender el bosque ya no es solo un asunto para idealistas.

percibida para conservar las fotos y videos que se registran con la cámara del dron.

Su discreción responde a una estrategia que se basa en las experiencias pasadas. Ante transnacionales acostumbradas a negar o minimizar la contaminación, los pueblos indígenas decidieron utilizar el mismo idioma de los empresarios y los funcionarios del Estado. Y comenzaron a emplear las coordenadas, los mapas y las imágenes para hacerse eco de lo que ocurría. Así, durante la última década, más de treinta comunidades amazónicas han aprendido a elaborar su propia cartografía.

Es impresionante —dice Pineda—. Nunca han visto su territorio desde el aire, pero te puedo asegurar que sus bocetos, comparados con las fotografías aéreas, son idénticos. Dibujan las mismas curvas del río. Pareciera que tienen un GPS en la cabeza.

Pineda recuerda que las comunidades empezaron a levantar información con reuniones entre los más sabios, y que luego elegían a los comuneros más respetables —el mejor cazador, el mejor agricultor— para que dibujaran el mapa con ayuda del resto. Luis Tayori, presidente del pueblo harakbut, es uno de los más interesados en el desarrollo de todo esto. Este hombre robusto de ojos achinados y pelo largo lleva años viajando por el territorio harakbut para entrevistar a los ancianos de los siete clanes que conforman su etnia. Así ha registrado mitos y leyendas, nombres originales de los ríos, lugares sagrados, zonas de caza y pesca, danzas y músicas de su gente que hasta hoy solo se transmitían de manera oral. Ahora, gracias a las fotos aéreas del dron, podrá elaborar

un mapa más detallado y determinar la magnitud del daño que la fiebre del oro ha causado en sus tierras. Ese mapa, dice, también les ayudará a demostrarle al Estado que ellos siempre vivieron en esa zona y que no pueden echarlos.

Con los años y los viajes por la selva peruana, Pineda comprendió que el activismo es un asunto serio que va más allá de bloquear carreteras, protestar desnuda en las calles o abrazar árboles. Según Global Witness, más de novecientas activistas ambientales han muerto en el mundo en los últimos doce años. La misma organización internacional indica que Perú es uno de los países —junto a México, Brasil, Honduras y Filipinas— más peligrosos para un activista. Wendy Pineda entiende que defender el bosque ya no es solo un asunto para idealistas. Por eso, aunque conoce colegas que se sienten más seguros y protegidos con la exposición mediática, prefiere actuar detrás de cámaras.

La mayoría de los activistas lleva una vida de mierda —me dijo Wendy Pineda en un café, unas semanas después del viaje a la selva de Madre de Dios—. Algunos no lo admiten, pero esta vida no es necesariamente feliz. Mis padres me dicen: Tienes treinta y tantos años, tienes una hija, no tienes carro, no tienes ahorros, ¿qué vas a hacer? Pero luego pienso: Jamás sería feliz siendo ama de casa. Creo que sigo en esto porque no me hago demasiadas preguntas.

La última vez que la vi, Wendy Pineda tenía la voz cansada luego de exponer los resultados de los vuelos con el dron ante directivos de AIDSEP, representantes de la ONU y un geó-



©Sofía Acosta-Varea, fotograma de *El Oriente es un mito*, 2022. Obra en colaboración con Llego Films y Archivo Visual Amazónico. Cortesía de la artista

grafo de la NASA. Tras sus palabras, aplausos: por primera vez en América Latina un pueblo amazónico manejaba su propio robot volador y usaba tablets y GPS para vigilar el bosque. “La idea entusiasmaba a cualquiera”, dice la ingeniera, pero intentar democratizar la tecnología es más complicado de lo que parece. Al regresar de Madre de Dios, Pineda tuvo que resolver algunos conflictos entre las comunidades harakbut y otras organizaciones indígenas que también deseaban el control del aparato. Algunos lugareños vinculados todavía a la minería ilegal de oro no estaban contentos de tener un robot volador “espionando” sus territorios. Además, una colega le pidió hacer un proyecto para enseñar a las mujeres indígenas a manejar el artefacto, pero a los líderes no les gustó la idea.

Una madre indígena manejando un dron, vigilando el territorio. ¡Sería un suceso! ¿Pero sabes el problema que causaría dentro de las comunidades nativas, casi siempre lideradas por hombres? A los que somos de la ciudad nos parece estupendo cuidar la selva con robots voladores,

pero no es tan simple para la sociedad indígena, pues eso trastorna su orden político. Ya sabemos: quien tiene la tecnología tiene el poder.

La ingeniera Pineda reconoce que le fascinan esas discusiones, pero también la frustran al punto de cuestionarse si en realidad quiere ser conocida como activista.

Si me muestro como líder, alguien sacará cualquier cosa para señalarme como *terruca*² y desprestigiar el proyecto. Ya lo han intentado: ponen a la comunidad y a sus dirigentes en mi contra diciendo que soy una espía, que estoy vendiendo información a la petrolera. Escucho todo eso y pienso: qué tonta soy por imaginarme un país mejor. Pero luego digo: si no cambias el mundo, al menos jode un poquito para demorar la catástrofe, ¿no? **U**

² Este término se usa despectivamente en Perú y significa *terrorista*. Su uso se remonta a la guerra sucia peruana [N. de los E.].

Este texto fue publicado en su versión más extensa en *Altair Magazine* en 2018. Se reproduce con el permiso del autor.